

## **Antonio Troya Magallanes, su perfil como sacerdote a través de sus homilías en Tarifa**

Juan Antonio Criado Atalaya

**A**ntonio Troya ejerce como sacerdote en Tarifa, a finales de los años sesenta, en plena efervescencia de las ideas del Concilio Vaticano II. Fiel defensor de estas ideas, su compromiso evangélico y social choca en esos años con una sociedad autoritaria y caciquil que le hacen difícil su labor pastoral. Las homilías que Antonio dirige a su feligresía son un documento histórico que nos permite conocer no solo sus ideas como cura sino también algunos aspectos de la vida del pueblo vista desde una óptica crítica y humanística. Preocupado por los problemas de los más débiles Antonio dejó en Tarifa, algo más que un ejercicio sacerdotal, dejó todo un testimonio.

Palabras Clave: Tarifa, Vaticano II, homilías, Iglesia san Mateo.

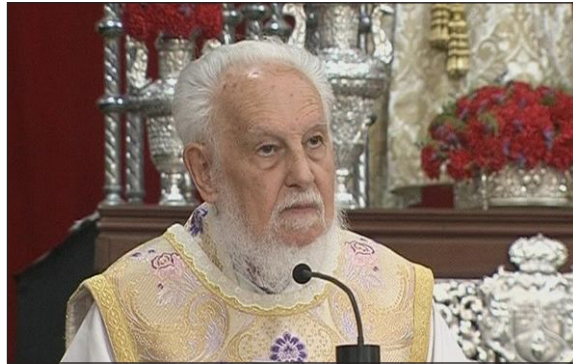
### **Abstract**

Antonio Troya works as a priest in Tarifa at the end of the sixties decade, when the Second Vatican Council's ideas were fully spread. Being a loyal defender of these ideals, his evangelical and social commitment results different from the tyrannical and authoritarian society that complicated his pastoral mission. The homilies that are given to the parishioners by Antonio Troya are a historical document which allows us not only to know his ideals as a priest, but also some aspects about the town's life from a humanistic and critic view. Antonio Troya, who was concerned about the poorest people problems, left in Tarifa both his priestly service as well as an important testimony.

Key Words: Tarifa, Second Vatican Council, homilies, St. Mateo's Church.

Este artículo intenta acercarnos a la dimensión humana y religiosa de Antonio Troya durante los cuatro años que estuvo en Tarifa como párroco de San Mateo. Podría encuadrarse en algunas de las distintas secciones de Aljaranda. Sin embargo, queremos aclarar que no se trata con esta colaboración de hacer un estudio pormenorizado de la trayectoria sacerdotal del cura Antonio Troya en Tarifa. En todo caso, lo que pretendemos con él es acercar al lector de Aljaranda de forma sencilla algunas de las ideas que este párroco defendió en sus homilías cuando estuvo a cargo de la Iglesias de San Mateo. Lo hacemos por un doble motivo: de una parte, porque consideramos es un elemento que ayuda a conocer a la Tarifa de aquel entonces y el contexto global de la épo-

ca; en segundo lugar, porque cuando Antonio finalizaba su sacerdocio en Barbate (iniciado ya el nuevo milenio), tuve la inmensa suerte de conocerlo y de ver cómo a su edad no escatimaba esfuerzos por reivindicar y luchar por mejoras sociales con las cuales coincidíamos. Fue entonces cuando me enteré de que este compromiso social venía de lejos y que en Tarifa quedó



*Figura 1.- Antonio Troya Magallanes.*

presente a la vista de todo el mundo con las conocidas “Casas del Cura”. Sin embargo, hay otras pruebas de este compromiso: sus homilías. Las palabras se las lleva el viento pero Antonio Troya evitó que esto pasara conservándolas por escrito y dándole un valor de documento histórico.

Antonio Troya es un cura al cual se le ha definido como “frágil de cuerpo y robusto de espíritu, despierto y activo, modesto y compasivo, disponible y servicial, carente de afán de poder y de riquezas, es un hombre en el que se cristalizan y se concentran los valores más estrictamente cristianos”, un religioso que “se niega a las seducciones de la nostalgia pero se aferra a esa dimensión utópica que se sustenta y se nutre de las raíces esenciales del Evangelio. Por eso, tiene esperanza” y por eso sigue entregándose a la humanidad.

## **1.- La voz del Concilio Vaticano II en Tarifa**

Antonio llega a Tarifa a finales de agosto de 1.966 proveniente de la ciudad de Cádiz. Durante casi 4 años ocupa los cargos de Párroco de San Mateo y Arcipreste de Tarifa.

Cuando llega a Tarifa lo que más le llama la atención es el tremendo caciquismo que había en la ciudad. Según él mismo ha manifestado “no conocía otra de esas características”. Como cura, cuando llega a Tarifa se propone fundamentalmente ser fiel al Concilio Vaticano II, cooperar al cambio de régimen, suprimir desigualdades dentro de la Iglesia (por razones sociales o económicas), hacer todo esto sin meter mucho ruido, presentar una figura atrayente de Jesucristo y actuar con una predilección clara por los pobres (marineros, gente sin vivienda). Para Antonio “sería difícil precisar en qué medida estas respuestas no están influidas por la actuación posterior; llegar a la idea primitiva es difícil; sobre todo tratándose del primer destino, al que uno no viene con un programa muy definido, sino expectante de la realidad que se va a encontrar”.

Como hemos dicho, en estas fechas la Iglesia está imbuida del pensamiento



*Figura 2.- De izquierda a derecha, el padre Troya y J. A. Criado.*

del Concilio Vaticano II. Antonio había vivido el Concilio antes de que se convocase, siguiendo muy de cerca el movimiento litúrgico francés (en el que aparece ya una nueva concepción de la Iglesia). Éste hizo posible la rápida publicación de *Sacrosantum Concilium* (Constitución sobre la Sagrada Liturgia). Después siguió sus secciones paso a paso a través del *Observatore Romano* en su edición castellana, que llegaba puntualmente a España. Él nos manifiesta que lo siguió con verdadera pasión, porque sacaba a luz cosas que él ya de alguna manera tenía en su mente o en su deseo y por ello no duda en su aplicación que según sus propias palabras fue “decidido y rápido”.

Obviamente, muchas de las ideas del Vaticano II, chocan con el sistema político de España en esas fechas, y la situación de Tarifa no va a ser menos. Antonio encuentra en su labor sacerdotal a “grandes enemigos” que, en la parte política, se manifestaron en el gobernador militar del Campo de Gibraltar (que tenía asumidas competencias de gobernadores civiles), los militares de Tarifa y el alcalde; y en la parte social los denominados por él como “los caciques del comercio”. Sin embargo, para él, las ideas del Vaticano II encuentran menos resistencia en el pueblo llano, tal y como manifiesta: “el pueblo sencillo se deja llevar con cierta facilidad, si descubre buena voluntad, pero los caciques, no. Iba en ello sus intereses”. También señala cómo los patronos del mar estuvieron de su parte, encontrando una “gran acogida entre los marineros (recuerdo con cariño a la familia Montano)”. En un reportaje aparecido en *Diario de Jerez* bajo el título “El cura al que los caciques llamaban rojo” se hace una reseña de la trayectoria sacerdotal de Antonio Troya y señala como “En Tarifa, el gobernador militar de Algeciras era su enemigo acérrimo. No le gustaban nada sus homilías ni su manera de conducirse en la parroquia”. Este

ambiente ha sido descrito como asfixiante por Juan Cejudo un cura obrero que estuvo en Tarifa de coadjutor y que mantenía una muy buena relación con Troya

### **1.1.- Compromiso social y evangélico**

Al tiempo que aumentaban sus problemas con determinados estamentos sociales, Antonio empieza a ver los frutos de su acción sacerdotal en aquellos sectores de población que más le preocupaban. Entre ellos destacaba la gente sin vivienda. Como resultado de este trabajo en pos de los más desfavorecidos, se construyeron las popularmente conocidas “Casas del Cura”, en la calle Parra. Antonio recuerda cómo el origen estuvo en una despedida de la Virgen de la Luz, en cuya plática y como párroco dijo que el culto que quería la Virgen era que sus hijos tuviesen una vivienda digna. Señala cómo a partir de ahí la gente comenzó espontáneamente a organizar fiestas a beneficio de las viviendas. Pasado un tiempo y cuando tenían algún dinero junto, se presentó un día Pepe Trujillo (dueño de almacenes Trujillo) y le pregunta si se va a hacer algo de las casas, a lo cual él le contesta que si él era capaz de formar un equipo de trabajo. La respuesta fue positiva, formó, se buscó el solar y se edificaron las casas las cuales se repartieron después de marcharse él de Tarifa y como el mismo nos dijo en la entrevista que le realizamos ¡Ahí están!

Otro motivo de acercamiento a la población fue la labor realizada por la parroquia por la tremenda Riada de 13 de enero de 1970. En el reportaje “El cura al que los caciques llamaban rojo” del periódico Diario de Jerez se señala que tras este hecho “hubo muchos damnificados. Antonio se ofreció al alcalde y desde la parroquia organizó con unos chavales la distribución de la ayuda que llegaba al municipio. Aquello le proporcionó un ambiente muy bueno para seguir adelante, pero Añoveros se empeñó en mandarlo a Puerto Real y allá que se fue”.

Tras ello, y pasar por varios municipios, Antonio ha seguido manteniendo contacto con Tarifa y su gente, con algunas de las cuales tiene una relación personal. A veces, también ha acudido a los cultos de la Virgen, y hasta ha predicado alguna vez en ellos. Recuerda cómo en el año 2008 organizaron en la Luz una especie de homenaje a María del Carmen Girón, la maestra rural, por su enseñanza y a él por la labor realizada en el Club de jóvenes de la Luz. El mismo define el acto como “muy cordial y emotivo. Vino mucha gente, hasta de fuera (yo había salido de allí el año 70, habían pasado 38 años); y la gente guardaba reciente el recuerdo”. La labor del Club de jóvenes de la Luz la había iniciado Juan Cejudo.

Es decir, Antonio despliega en Tarifa su compromiso evangélico, el cual ha sido descrito por José A. Hernández Guerrero, afirmando que “Antonio Troya es uno de esos creyentes que, por la coherencia de sus ideas, de sus palabras, de sus actitudes y de sus comportamientos, se inscriben en la tradición más esencialista de la historia de la Iglesia”. Para el autor “llama la atención su

obstinada fidelidad al fondo de los evangelios, y, sobre todo, su capacidad para armonizar, en una sorprendente síntesis vital, las dos sendas que, ordinariamente, se presentan como paralelas o, incluso, como divergentes: la contemplación y la acción”. Hernández le describe como una persona respetuosa con la tradición, la cual interpreta desde las claves que le suministra la perspectiva actual, tanto temporal como espacial y por ello no duda en afirmar que “posee una fina sensibilidad para captar los signos de los tiempos y las condiciones de los lugares en los que, con su voz, ha de hacer resonar la Palabra del Evangelio” siendo para él uno de los exégetas que, a su juicio, mejor han calado en el fondo de los mensajes evangélicos y uno de los que lo exponen con mayor sencillez y lo explican con mayor claridad.

Para el autor “su austeridad personal, su sobriedad y, en resumen, su pobreza evangélica –paradójicamente rica y enriquecedora–, hacen que su voz llegue a los que no tienen suficiente sensibilidad crítica”, constituyéndose en “una llamada a la conciencia moral y una interpelación para todos los que, ansiosamente, sólo luchan por acumular bienes materiales”.

## 1.2.- El contenido de sus homilias

En total se han analizado 35 homilias, concretamente 2 de 1966, 10 de 1967, 6 de 1968, 9 de 1969, y 8 de 1970 (habría que señalar que para abarcar todas sus homilias hasta el día de hoy se necesitarían libros para poderlas cubrir).

Podríamos abordar nuestro estudio con una simple descripción de las homilias por fechas señalando las ideas que nos interesan, pero queremos darle un tratamiento correcto desde un punto de vista metodológico. Es por ello que hemos establecido una serie de categorías sobre las cuales construir este análisis. Todas estas ideas pueden ser enmarcadas, sin lugar a duda, en la doctrina de la Iglesia Católica tras el Concilio Vaticano II. Destacamos las siguientes.

- Cambios en la Iglesia (Tolerancia con otros credos, papel de los curas, definición de cristianismo, ... )



*Figura 3.- La calle Parra de Tarifa.*

- Contexto social (ideas políticas, justicia social, situación mundial, ...)
- Cristianismo y nueva sociedad.

La aportación de las ideas que vamos a describir hay que contextualizarlas en un pueblo pequeño donde los resortes del poder político de la dictadura se sienten con más presión, que sufre una gran crisis económica y social con una fuerte emigración (con la pérdida de cerca de un 30% de población), un pueblo donde no se veían los resultados del polo de desarrollo del campo de Gibraltar, un pueblo en retroceso.

## **2.- Los cambios en la Iglesia.**

Antonio Troya llega a Tarifa en plena efervescencia del Concilio Vaticano II, ya con todos los documentos del cónclave publicados y dirigidos a conseguir ese “aggiornamento”, un término referente a esa actualización de la Iglesia Católica defendida tanto por el Papa Juan XXIII y Pablo VI. Es decir, Antonio llega a Tarifa en un momento de cambio eclesial ecuménico pero en una sociedad local dentro de las coordenadas de un régimen autoritario e inmovilista, una compleja combinación que sin duda marcará su paso por la ciudad.

### **2.1.- Las viejas formas, la nueva Iglesia.**

En esta línea de cambio Antonio, no duda, en cuestionar una religión de culto y preceptos y defiende en cambio, una religión en la cual “esa Palabra recibida por nosotros se haga en nosotros vida y acción” como la forma de hacer a los creyentes más libres, llenarlos de gozo y “el Padre nos oirá”. Considera que “la historia de la Iglesia prueba como cada vez que un orden nuevo sustituye a un orden antiguo surge un cambio en su tarea misionera”. Y para él en esas fechas “la sociedad moderna nos exige un cristianismo que se adapte más a la realidad social de nuestro tiempo, un cristianismo más auténtico”, haciendo referencia explícita a los objetivos del Concilio, el cual, según sus propias palabras, “exige una renovación muy profunda” de las estructuras y de manera de vivir la religión; de manera que para él “una Iglesia encasillada en sus moldes antiguos irá perdiendo cada vez más a los hombres de nuestro tiempo, alejándolos de Cristo”. Por ello, no duda en pedir a sus feligreses que vivan, se renueven, se conviertan, ya que “sin eso no sirve de nada todo el aparato de tradición y de estructura de catolicismo oficial”, pidiendo al mismo tiempo que la misa sea vivida con la unión de todos, “sin sentirnos superiores unos a otros, respetando en el otro la llamada de Dios. Y sin confiarnos en que nuestra propia llamada haya sido suficientemente correspondida”. Es decir, una Iglesia sin clases en una sociedad no solamente clasista sino dividida. Por estas razones, Antonio no duda en mostrar sus deseos y anhelos, manifestando que “ojalá nuestra asamblea fuera más universal, y no se sintieran excluidos de ella los pobres, los trabajadores, los humildes”.

Pero, al tiempo que propone unas nuevas formas de afrontar la religiosidad,

no vacila en denunciar las prácticas que consideraba debían cambiar. Así, cuestiona a quienes acuden a la Iglesia a pedir favores temporales: recomendaciones, vivienda, limosnas, solución de sus problemas, ya que si bien la Iglesia “debe practicar la caridad, pero para muchos de éstos la Iglesia es un sitio de donde se puede sacar algo”. Tampoco entiende a quienes “vienen a rezar a la imágenes, pidiéndoles dinero, salud, etc.”. Pues, si bien admite que se pueda pedir a “Dios por medio de los santos”, no se debe confundir a estos “con un seguro de vida o de accidentes”. Por último, no escapan de sus críticas “aquellos que vienen a la Iglesia porque viste bien, gustan de ver sus nombres en las listas de los donantes, buscan asientos especiales en el templo o puestos distinguidos en las procesiones, se apoyan en la Iglesia para aumentar su prestigio” llegando a afirmar que “a éstos dice Jesús: «**No tentarás al Señor tu Dios.**» Es tentar a Dios servirse de Él en vez de servirle”.

En este mismo sentido, es muy poco coincidente con quienes en determinadas fechas cumple con sus obligaciones religiosas pero luego el resto del año se olvidan de las mismas. Así en 1967 con motivo de la Pascua se dirige a las personas asistentes a misa y les señala como muchos de ellas y con motivo de ese periodo litúrgico buscaran:

*la ocasión de unos ejercicios, una conferencias, unos cultos cuaresmales, para cumplir con Pascua. Otra vez cumplir. No es hambre, porque el hambre no espera un año para ser saciada. Pero este cómodo cumplir con Pascua nos permite estar un año entero ocupados en nuestras cosas, dedicarlo a nuestros negocios, a nuestras diversiones, a nuestra vida familiar, no siempre de acuerdo con la voluntad de Dios. Y después acallar nuestras conciencias con unas horas aguantando a un predicador más o menos bueno, y, por fin, una confesión ¡hecha Dios sabe cómo! y cerrando el ciclo con una comunión pascual.*

Para él quienes así actúan “son esclavos de sus pasiones, de su egoísmo, muchas veces incluso de sus obligaciones religiosas, de unas prácticas religiosas que se hacen pesadas, que esclavizan”. O de quienes hacen de la práctica religiosa un acto social. Es lo que denuncia en mayo de 1967 cuando con motivo de las primeras comuniones escuchaba en la radio la dedicación de los discos, y la llamó desagradablemente la atención una esas dedicatorias, concretamente una que venía decir: «A Fulanita, para que disfrute el traje de Primera Comunión y no se lo vaya a manchar de chocolate». No duda Antonio en valorar como “Histórico” este asunto y muestra su malestar con estas palabras: “Hasta aquí puede llegar: el traje blanco y el chocolate, elementos primordiales de la Primera Comunión. La comunión como un acto social, Dios ya no cuenta. Y desgraciadamente esta mentalidad es más frecuente de lo que parece: todos los padres se preocupan de la Primera Comunión de sus hijos -sobre todo del traje y del desayuno-, pero ellos mismos hace años que

no comulgan”. Creo que la reflexión a la vista de los acontecimientos y el desarrollo posterior de este asunto no requiere de más comentarios.

Por ello, Antonio llega a considerar, la práctica religiosa de esas fechas como “un catolicismo sociológico”. En la fiesta de la Epifanía de 1967 realiza la siguiente consideración “¿No estaremos demasiado seguros de nuestro cristianismo?”. Para comparar el catolicismo sociológico español, el catolicismo sociológico tarifeño, con la religiosidad de los sacerdotes y letrados de Jerusalén, de manera que se puede saber de memoria el Credo, cómo ellos se sabían de memoria las profecías. Incluso llega a más y no duda en establecer una correlación entre determinadas formas de religiosidad y el propio Herodes, “ya que quizás sin darnos cuenta, queremos destruir a Dios, porque hace peligrar nuestra seguridad económica, nuestra postura de privilegio en la sociedad, etc.” Y frente a ello la fe de los Magos, capaces de saltar todas las barreras, para encontrarse con Dios, cuestionando en su comunidad si “todos los que estamos aquí reunidos confesamos la fe católica, pero, ¿tenemos realmente fe?”.

Frente a ello defiende una Iglesia distinta, y se plantea “¿Dónde están hoy los hombres que aceptan llegar a la cruz, la cruz de la renuncia a muchos privilegios sociales en favor de una promoción de los hermanos humildes?” Y en este afán de reivindicar una Iglesia de los más pobres y humildes señala que “si examinamos la Iglesia de hoy, vemos que, desde muchos obispos hasta los seglares, pasando por no pocos sacerdotes, todos defendemos nuestros propios privilegios, en la vida de la Iglesia o en la vida civil, sin acordarnos de que la misión de la Iglesia es servir, servir hasta la cruz”. Para él, estas prácticas suponen que “los indiferentes o a los ateos” echen en cara estos privilegios y la falta de servicio a los hermanos, sobre todo a los humildes. Antonio termina asegurando que “esta falta de pobreza en la Iglesia le ha llevado a otra pobreza mucho mayor: se ha encontrado pequeña y despreciada por una inmensa multitud de hombres, ateos o bautizados, que se han apartado práctica o teóricamente de ella”.

## 2.2.- El sacerdote compromiso social y evangélico.

Y en esta situación ¿cuál es la valoración que realiza del sacerdocio y de qué manera entiende su servicio? La respuesta a esta pregunta la tenemos en parte en lo que recoge la homilía de 19 de marzo de 1968 en relación al Día del Seminario, en la cual Antonio no duda en partir de determinadas ideas o juicios peyorativos que en esas fechas podían mostrar qué pensaba parte de la gente del sacerdote, literalmente señala:

- *Para muchos es un vividor. No es extraño escuchar frases como ésta: «Yo creo en Dios y soy más cristiano que nadie, pero no creo en los curas.*
- *Para otros es una asistente social. Su obligación, por lo visto, es arreglar todos los papeles de pensiones de ancianidad, vejez, etc.*
- *Para otros es el limosnero oficial. A él se viene a que resuelva todos los*



*problemas materiales de los necesitados, porque él tiene dinero, y lo tiene para eso.*

- *Para muchos es el hombre del poder. ¡Cuántas veces me han dicho: «Padre, lo que Vdes. no puedan, no lo puede nadie.*

Estas palabras muestran a nuestro entender, de una parte, la sinceridad de Antonio, al hacer explícito algo que podía ser comentario común (muchas de esas expresiones resuenan hoy en día), y, de otra parte, no cabe duda su valentía al decir públicamente críticas al sacerdocio en una época tan monolítica. Y es ese compromiso de verdad y valentía el que llena y completa la crítica que realiza a la figura del sacerdote como a sus funciones. Para ello, parte nuevamente, de plantear una pregunta que puede ser en principio un intento de reafirmación, pero que desde nuestro punto de vista Antonio la utiliza como un bisturí para ir despegando el tejido malo que en esas funciones él no comprende y por supuesto no participa. Así, ante el interrogante para qué necesita la gente al sacerdote, no duda en realizar las siguientes afirmaciones:

- *Para que bautice a los niños, que no se queden moros.*
- *Para que los case, porque desgraciadamente en España hay que casarse por la Iglesia.*
- *Para que vayan a los entierros, porque, ¡qué sería un entierro sin cura!*
- *Para que arreglen los papeles para la boda. O para que dé partidas de bautismo. En España se exigen partidas de bautismo para entrar en un colegio o para marchar a trabajar en el extranjero. Por lo visto, los no bautizados en nuestra nación no tienen ningún derecho.*

Resulta obvio que muchas de las respuestas que se dan a esta pregunta (algunas pueden resultar como un cierto tono jocoso) son al mismo tiempo una crítica a una sociedad impregnada de lo religioso en todos los asuntos públicos, donde muchos de los sacramentos guiaban la vida en sociedad no solo la personal y, de otra parte, puede ser entendida como una defensa (de forma implícita) el derecho de los no creyentes, algo rupturitas como el propio Concilio. Para Antonio, la mayoría de esas cosas que se les pide o espera de los sacerdotes no está en sus manos, “y entonces resulta ser un parásito de la sociedad, cobra para realizar cosas que no realiza. Y lo que hace es darse la buena vida” que, según sus propias palabras, “así piensa la generalidad de la gente, una generalidad que es demasiado general”.

Ante ello se plantea la siguiente cuestión: ¿merece la pena que haya sacerdotes? Y la respuesta no tiene dudas: frente al protagonismo de los sacerdotes pone el protagonismo de la comunidad cristiana “de todos los

bautizados” que deben tener como misión “que este mundo en que vivimos, avance cada día hacia el progreso”. Al mismo tiempo, invita a los sacerdotes y obispos a mirar a los doce apóstoles “verdaderos quijotes” que predicaron por el mundo la igualdad de todos los hombres, la libertad, la justicia, el amor, y los hace sucesores de esta misión que da Cristo, la cual considera que la Iglesia en su conjunto, ha cumplido sin entrar a “discutir si todos los obispos y sacerdotes cumplimos esta misión”.

Obviamente, Antonio no deja de reconocer las tradicionales funciones sacerdotales como conservar la espiritualidad en el mundo, defender los derechos del hombre, predicar la doctrina de Jesús, bautizar a los niños y a los adultos, unir a hombre y mujer en matrimonio, purificar el egoísmo de los hombres en el sacramento de la Penitencia, unguir a los enfermos y sobre todo ofrecer “a Dios Padre, en la Santa Misa, todo el trabajo y el esfuerzo humano en unión de la Pasión de Cristo y han alentado la esperanza de los hombres, anunciando, al celebrar la misa, la Resurrección del Señor”. Pero en una sociedad de cambio, una nueva sociedad en difíciles circunstancias del mundo considera que “la Iglesia necesita de sacerdotes buenos, conscientes de su misión. Estos sacerdotes se forman en el Seminario. Seminarios que han cambiado mucho, porque también los tiempos son distintos”.

Consciente de que estas nuevas funciones que él defiende para el sacerdocio de ayudar a transformar y mejorar la sociedad, el mundo superando el egoísmo humano para que todo este progreso vaya en beneficio de la mayoría y no como siempre principalmente en beneficio de unos pocos pueden ser interpretadas como posicionamientos políticos en la homilía de 1 de enero de 1970 no duda en afirmar “alguien tachará esta homilía de ser un mitin político más que una predicación cristiana. Pero, hermanos, ¿a quién se puede exigir perdonar así, generosamente, sino a los cristianos? ¿A quién se le puede exhortar a sacrificar sus propios intereses en aras del amor universal, sino a los discípulos de Aquel que entregó su vida por amor a la Humanidad? ¿Quién puede tener fuerzas para ello sino los que nos reunimos aquí, para tomar parte en el sacrificio de Jesús, que murió perdonando a los que le crucificaban?”

### **2.3.- La relación con otros credos.**

Los documentos *Orientalium Ecclesiarum* sobre las Iglesias Orientales Católicas de 1964, y la Declaración *Nostra Aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas de 1965 encuadran sin duda el nuevo paradigma relacional de la Iglesia romana en esas fechas con otros credos. Y estos cambios se parecían igualmente en las homilías de Antonio Troya, quien incluso podemos afirmar lo hace con júbilo y felicidad en búsqueda de la hermandad humana.

Así se desprende de sus palabras cuando en la homilía de 29 de octubre de 1967 menciona un acontecimiento: “la visita del patriarca Atenágoras al papa de Roma y el abrazo fraterno que ambos se dieron el jueves en la basílica de

San Pedro”. Para él, esta visita, además de que con ella Atenágoras devolviera a Pablo la que éste le hiciera en su sede de Estambul, suponía el encuentro de “dos hombres que buscan la unión de dos iglesias hermanas, separadas durante siglos por la discordia, dos hombres que buscan el reino de Cristo en el amor y en la paz”. Un camino de reconciliación en vez de los “sentimientos de orgullo, de mal entendida superioridad que fue alejando progresivamente a las dos iglesias”. Y aunque señala que esta talante de unión “ha sido la actitud de los papas de los últimos tiempos, sobre todo Juan XXIII y Pablo VI” no obvia que, a pesar de ello, “muchos católicos no ven bien que la Iglesia Católica abra sus puertas a las otras Iglesias cristianas, que pida perdón a los hermanos separados por las ofensas que también ella les ha hecho; preferirían que la Iglesia Católica se mantuviera firme en sus posiciones, como si nunca hubiera pecado, como si ella llevara toda la razón”, esto aún más pronunciado en una sociedad monolitista confesionalmente como la española por esas fechas. Frente a ello, pide se tenga la actitud de “una madre” que “no entiende de razones, sino de amor. Así es Pablo VI”.

Esta tolerancia incluso se aprecia con los no creyentes, a los cuales, y por el contexto histórico se les obligaba en cierta forma a cumplir aun no estando convencidos y parecía suficiente que practicasen lo mismo para él para aquietar las conciencias “echándoles la culpa a ellos” y esgrimiendo argumentos como “«así se acostumbran», «por lo menos que vayan a misa, comulguen y reciban los últimos sacramentos»”. Frente a ello, él es partidario de “no imponer nuestro modo de vivir la fe”, según sus propias palabras, intentándolos de meter “en nuestros moldes como si fueran éstos los únicos válidos”. Aunque para ello muchas veces se haga violentando las conciencias o “forzando la libertad que Dios ha dado a todo hombre”, olvidando que “esto no sirve para nada sin una auténtica fe en el corazón, fe que es una entrega total a Dios que nos ha amado hasta hacerse hombre”. De esta forma solamente se logra crear “rutinarios de la religión, no convencidos, y nuestro cristianismo pierde fuerza y se queda cada vez más raquítico”.

### **3.- Compromiso con el tiempo y lugar en el que vive**

La implicación de Antonio Troya con el lugar y el momento histórico que le toca vivir es evidente en su etapa tarifeña. Se puede comprobar fácilmente cómo esta preocupación por lo que le rodea estaba ya presente en los primeros años de su sacerdocio, de manera que en este periodo en sus homilias las referencias al contexto social general y local son continuas. Podemos afirmar que es una característica de su sacerdocio implicarse allí donde ha servido como cura, de tal manera que Hernández Guerrero ha señalado como Troya “es consciente de la época en la que vive y del lugar en el que habita. Vive el aquí y el ahora con una notable capacidad de adaptación; habita en los territorios en los que sus conciudadanos libran las diarias batallas de la subsistencia, de la inmigración, del paro, de la droga y de la marginación”.

### 3.1.- Un sacerdote que vive su tiempo.

Como decimos, la conexión de Antonio con el momento que le toca vivir hace que sus homilias reflejen hechos de importancia acaecidos a nivel global en el mundo. Así, en octubre de 1967 hace referencia a dos acontecimientos dados a conocer en esa semana en los medios de comunicación social, prensa, radio y televisión, la coronación del Sha de Persia y la visita de Atenágoras a Roma, para él dos acontecimientos que ilustraban maravillosamente la fiesta de Cristo Rey.

La importancia de los medios de comunicación sigue estando presente y en una misma homilía puede reproducir noticias de dolor y sufrimiento y relacionarlas con otros acontecimientos de carácter general, de esta forma en la homilía del día 18 de marzo de 1968 Antonio señala como “cada día leemos en el periódico -y no precisamente en el Caso- crímenes horribles que nos ponen el bello de punta. Y, al poco tiempo, volvemos a leer que su autor no ha sido ajusticiado ni encarcelado. Los médicos han diagnosticado una enfermedad mental. Pero, ¿Por qué a este loco no le dio por creerse Napoleón o don Quijote, como a los locos “normales” que podemos visitar en cualquier manicomio? ¿Por qué su afán de matar, estrangular, cebarse en el dolor de sus víctimas? ¿No indica esto que en el fondo de cada hombre hay un criminal que en estos casos sale a la superficie cuando el hombre pierde el control de su razón? ¿Es que puede haber hombres tan malos que estén sosteniendo una guerra en Vietnam, donde mueren millares de criaturas y donde un pueblo está hace años oprimido por el azote de la guerra?”

En esa misma homilía señala como también, en ese momento, en esa sociedad hay gente que no puede vivir la vida con alegría debido a que “el mañana es tremendamente incierto para ellos y hoy quizás no tienen pan para sus hijos, o vestidos, o vivienda”, no dudando en criticar esas sociedad que disfruta y que goza pero que los ignora y que a veces parece enriquecerse a costa de ellos. Aunque siempre sigue depositando su confianza en la existencia de esa misma sociedad de “hombres amantes de su familia, probos en sus relaciones sociales, a veces hasta caritativos”. Esa preocupación por el contexto social e histórico que le toca vivir toma su máxima expresión en la homilía del día 20 de octubre de 1968, en la cual analiza las relaciones entre la JUSTICIA y la PAZ. Para ello recurre a los argumentos de Robert Strange McNamara (por aquellas fechas presidente del Banco Mundial), quien tenía la creencia de que los problemas del “mundo en vías de desarrollo” podían resolverse. Lo que se necesitaba era un claro análisis de los problemas y determinación en la aplicación de las soluciones. Si esto sucedía, el éxito no tardaría en materializarse. En esa homilía, para Antonio hacer llegar a los asistentes a la misa era como la renta media individual en más de 40 naciones del mundo, en los países subdesarrollados, no superaba en esas fechas los 120 dólares al año (8.400 ptas.), mientras que la renta media individual en los Estados Unidos es de más de 3.000 dólares (210.000 ptas.), dándose por tanto una diferencia del

2.000 %. Para él esa cifra había dejado de tener “una significación puramente económica; es una cifra fabulosa y volcánica, que se hunde peligrosamente bajo la superficie terrestre y que no puede dejar de tener sus consecuencias”. Por ello pedía no se fuese hipócrita señalando que si las naciones ricas del mundo no eran capaces de hacer un esfuerzo intenso y coordinado para llenar el foso que separa las dos mitades del planeta, sería muy difícil garantizar la seguridad de su país contra unas catástrofes, que serán inevitables, contra unas olas de violencia que arrasarán nuestras defensas.

En su alocución señalaba como esta renta media aumentaba 60 dólares al año (3.200 ptas.) en los países desarrollados y 2 dólares (140 ptas.) en los subdesarrollados y como históricamente se había aumentado la brecha entre unos y otros de manera que “en 1900 la distancia era de 1 a 6; en 1963, de 1 a 12”. Criticando igualmente como las deudas de los países subdesarrollados habían pasado de 10.000 millones de dólares (700.000 ptas.) a 40.000 (2.800.000 ptas.) en el periodo de 1955 a 1966, dándose la paradoja de que “a partir de 1970 la India tendrá que devolver a los países ricos más que lo que recibe de ellos”. Y todo ello se agudizaba según su análisis, pues estos países ricos gastaban sumas fabulosas en la guerra, llevando esta crítica al gasto armamentístico a la propia España que sin ser un país rico “el presupuesto anual para Fuerzas Armadas es superior al de Educación y Agricultura juntos”.

Todo ello daba lugar a cuestionar el propio sistema mundial, donde los países ricos estaban sosteniendo constantemente guerras costosísimas y tenían el material bélico más moderno dando un lugar a un mundo donde “las 2/3 partes del mundo pasan hambre, 20 países consumen el 80% de la producción mundial”. Termina su plática trasladando estas desigualdades a la sociedad española recordando que en esas fechas existían 320.000 parados, que 1630000 españoles ganaban menos de 2.500 ptas. mensuales, lo cual suponía que un total de 7.000.000 de españoles (la cuarta parte de España) pasaban hambre, todo ello mientras otros gastaban en cosas superfluas.

Este análisis está en consonancia con lo defendido en por el Vaticano II en la Constitución Pastoral “Sobre la Iglesia en el mundo actual” cuando se afirma “Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria y son muchedumbre los que no saben leer ni escribir”.

Este posicionamiento de Antonio de criticar cuestiona el orden establecido y de ponerse en el lado de los más débiles, llevándole a realizar una clara defensa de sectores sociales como la clase obrera o la juventud. De esta manera, en la homilía del día 06 de enero de 1970 nos habla de la salvación de la clase obrera, preguntando ¿en qué pone su salvación un trabajador? ¿Cuáles son las aspiraciones de la clase obrera? Ante ello no tiene ninguna duda en responder que era “un signo claro de nuestro tiempo que la clase obrera lucha por su promoción” y que ello no consistían simplemente en

ganar más dinero, llegando a afirmar que quien creyera que los obreros lo que pretenden es solamente ganar más, no conocía al auténtico obrero.

Antonio señalaba en esa homilía que el obrero lo que quería era ser considerado “como personas, piden tener una cultura pareja a la de los demás, piden tener en la sociedad la misma consideración que los demás, piden no ser un número o una máquina allí donde trabajan, piden tener algo que decir en la dirección de la Empresa, estar informados de las ganancias y de las pérdidas, ser consultados en los problemas del trabajo o del negocio, tener parte en los beneficios, etc. Piden que se les reconozca prácticamente su capacitación - y se les de medios para adquirirla, si no la tienen - para poder dirigir o cooperar en la dirección del Municipio, o al menos libertad para elegir a sus representantes, piden lo mismo con respecto a la gestión política. En una palabra, piden ser como los demás”. Y frente a ello la incompreensión del poderoso o incluso el intento de usar “la Religión para exigirles que trabajen más y que se contenten con su suerte”.

En esa misma homilía, y como hemos dicho, Antonio se posiciona junto a la juventud, otro sector que en esas fechas pedía Libertad. Para él, si se quería implantar la Iglesia en la juventud había que hacerles ver que Jesús ha venido a redimirnos, es decir, para hacerlos libres. Para él “un hombre es libre, cuando sólo está sometido a Dios. Toda imposición, que no pueda hacerse en nombre de Dios, es una imposición que somete a esclavitud. Y la sociedad moderna impone muchas esclavitudes. Y lo peor es que muchas veces las impone en nombre de Dios”. En este sentido y partiendo de reconocer la necesidad de que exista un orden en toda sociedad, sea la familia, la nación...etc. Considera que “este orden sólo es bueno cuando está basado en el respeto a todas la legítimas libertades; cuando es el mismo orden el que se impone, entonces es tiranía. Y esclaviza”. Señalando que también hay orden en un campo de concentración y allí no se respetan las legítimas libertades, las cuales para él “están escritas no sólo en el Evangelio y en los documentos del Concilio y de los papas, sino incluso en la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU”, documentos que aconsejan sean leídos.

En este cuestionamiento del orden establecido llega a plantear como en España y a pesar de celebrarse en esas fechas “30 años de paz. Treinta años que terminó en España la guerra fratricida. Y en estos treinta años no ha vuelto a sonar el ruido de los cañones ni el estrépito de las bombas”. Esta paz no es real, pues, como nos dice el Papa, la paz no se goza, se hace. Por ello, no duda, en una época donde nadie se atrevería a hacerlo, en afirmar que “la paz no está en una tranquilidad del orden, del que cada uno se aprovecha como puede. La paz no es una idea, que se nos mete por todos los medios de información, y que no pocas veces nos adormece. La paz es una actitud de lucha y de sacrificio por el bien común.” Porque para Antonio “la paz es el principio, esto es, la condición del progreso de los pueblos, y es al mismo tiempo el fin que se pretende con ese desarrollo”.

Este posicionamiento no es de extrañar si tenemos en cuenta que el Concilio, al tratar la auténtica noción de la paz y tras condenar la crueldad de la guerra, realiza un “llamamiento a los cristianos para que con el auxilio de Cristo, autor de la paz, cooperen con todos los hombres a cimentar la paz en la justicia y el amor y a aportar los medios de la paz”, señalando en este sentido considera que “la paz no es la mera ausencia de la guerra

### **3.2.- Preocupación por la situación de Tarifa**

Pero las referencias al contexto social de la época que realiza Antonio no se quedan solo en el análisis de ideas generales, sino que aterriza en su contexto más cercano, mostrando una preocupación especial por un desarrollo equilibrado del pueblo y por remarcar la situación que sufrían determinadas personas privadas de derechos fundamentales como la vivienda o la educación.

El problema de la vivienda es un elemento esencial en la labor de Antonio como cura y, por ello, desde la parroquia se llevan a cabo acciones para solucionar el problema de la vivienda, entre otras: manifestación juvenil y colecta por la calle, partido de fútbol a beneficio, fiesta en la Hostería, números de lotería, etc.. Y en esta línea en la homilía del 16 de marzo de 1969 llega a plantear lo siguiente: “¿Es imposible, por ejemplo, que la comunidad cristiana de Tarifa pueda ofrecer una casa digna a familias que viven como animales, cuando muchos tenemos una casa tan bien montada?”.

La falta de vivienda digna es para Antonio, sin lugar a dudas, algo más que un problema social: es un problema moral. Parte de reconocer que en el cura no hay poder para solucionar los problemas, pero sí sentimientos para sentir como propios los problemas de la humanidad. Eso le quedo reflejado cuando una mujer cuando visitaba yo una casa en ruinas le dijo: «Padre, yo sé que Vds., viendo esto, lo que hacen es sufrir. Lamentablemente esta situación se hacía especialmente dura en las ancianas impedidas que según sus propias palabras abundaban en el pueblo. Así el 25 de febrero de 1968 describe cómo en esa semana había estado visitando algunas de ellas, una de las cuales vivía en una habitación sola, aunque era atendida por sus familiares. Hacía años que estaba enferma.

Por otra parte, en su defensa de una educación para todos, en sus homilías encontramos en varias ocasiones la crítica y denuncia de la falta de escuelas en determinadas pedanías rurales. Así, el 25 de febrero de 1968 señala en la homilía como había visitado la zona de Guadalmesí, donde no había escuela y los niños y los mayores no sabían leer. Esto suponía algo que para él obligaba a un “municipio cristiano hacer el mayor esfuerzo por poner una escuela en aquel sitio y de un estado cristiano una mayor atención al campo andaluz, tan descuidado”, todo ello tomando como base que “la cultura, según Pablo VI, es uno de los derechos fundamentales del hombre. Privarles de él es una injusticia”.

Igualmente, en la homilía del 11 de marzo de 1968 señala como en esa semana

había estado en Puertollano, donde no tenían maestro. En la conversación con los vecinos, él señaló la dificultad de que hubiera allí un maestro aislado, con dificultad de comunicaciones, en pleno campo. La respuesta de unos de los lugareños según él mismo describe en la homilía le causó al mismo tiempo dolor y alegría, cuando le dijo: «¡Pero nosotros estamos aquí!» Dolor porque mostraba la forma en la que “la sociedad moderna y civilizada aún no ha reconocido en la práctica su dignidad de personas, sus derechos fundamentales, de los cuales uno es la cultura”. Por otro lado, alegría porque para él “aquel hombre sentía profundamente, en su rudeza, su dignidad como persona”. Describe Antonio que esta persona no había hecho un esfuerzo por salir de allí, porque ello supondría la muerte de un familiar suyo lejano: una anciana que estaba con ellos desde su matrimonio. Ese comportamiento de amor, humanidad es la base para edificar un mundo mejor. Frente a esta entrega Antonio cuestiona como “nuestra sociedad civilizada no alcanza a ver soluciones para que estas personas tengan algo tan elemental como la cultura primaria”. Todo ello a pesar de que los padres de familia de aquella zona habían elevado una petición a la autoridad competente. La despedida de estas personas es otro elemento que Antonio utiliza en su homilía. Para Antonio, la expresión «Padre, haga Vd. lo que pueda, porque lo que Vd. no haga, no lo hará nadie por nosotros.» mostraba una confianza en que “un cristiano - y por tanto, un sacerdote - siente en sí los problemas del mundo y de la sociedad, y tiene que ser un apoyo para los débiles”.

Antonio en sus homilías describe cómo entiende el futuro y el progreso de la ciudad de Tarifa sumergida en una gran crisis con el desmantelamiento del sector pesquero y la caída de la industria conservera. Ante ello ¿cómo ve el futuro del pueblo Antonio? La respuesta la encontramos en la homilía de 19 de marzo de 1968, cuando se dirige a la feligresía indicando que se podía hacer para mejorar la situación del pueblo. Entre otras cuestiones propone:

- *que en Tarifa haya una flota pesquera que pueda dar vida a este pueblo eminentemente marinero,*
- *que la industria conservera aumente su producción, porque es un riqueza para el pueblo,*
- *que al campo se le saque el mayor rendimiento posible, para que se limite la emigración y Tarifa no deje de existir como pueblo,*
- *que el comercio sea un verdadero servicio a la comunidad,*
- *que los organismos oficiales promuevan el bien común y protejan el derecho de los más débiles,*
- *que todos los niños puedan ir a la escuela, para que se solucione el problema de la falta de cultura,*



• *que haya diversiones sanas en el pueblo para que los muchachos puedan vivir con alegría la juventud.*

En su preocupación por la situación del pueblo y su desarrollo, Antonio, realiza a inicios de 1970 una reflexión que arranca de analizar el concepto de Paz la cual “no se GOZA, se hace. La paz no está en una tranquilidad del orden, del que cada uno se aprovecha como puede. La paz no es una idea, que se nos mete por todos los medios de información, y que no pocas veces nos adormece. La paz es una actitud de lucha y de sacrificio por el bien común”.

En este sentido, y en relación al bien común, señala como Tarifa y a diferencia de otros lugares donde se producen noticias de violencias, desórdenes, huelgas y revueltas es un “verdadero paraíso entre dos mares que goza de una perfecta tranquilidad”. Pero esta situación para él no deja de ser un espejismo que oculta una verdadera situación de injusticia y por ello de falta de Paz. Así describe cómo “durante el verano lo vemos lleno de tarifeños que vienen buscando un merecido descanso en el rincón de tierra que los vio nacer; a ofrecer su homenaje a la Reina del pueblo, la Virgen de la Luz. Pero han tenido que salir fuera de él para progresar en la vida. La industria pesquera, próspera en otro tiempo, está prácticamente en bancarrota. Los marineros han de embarcar, en su mayoría, en Algeciras. La industria conservera, bien sabéis cuánto tiempo ha estado este año que ha pasado sin trabajar. La gente del campo no tiene otro horizonte que la emigración, y no están preparados para ella. No se ve la perspectiva de la creación de nuevas industrias, o fuentes de riqueza. No hace mucho decía una persona que hace pocos años que falta de Tarifa, y que vuelve por aquí con frecuencia. «Esto está cada vez más muerto»”. En este punto, enlaza su reflexión con la siguiente cuestión: “si la paz es el fin a que tiende el desarrollo, ¿no tendríamos que deducir que la verdadera paz está muy lejos de nosotros?”

Por ello Antonio no duda desear un «¡Próspero Año 1970!». Prosperidad que para él debe ser conseguida entre todos ya que “sería un deseo falaz e insincero, un cumplimiento y miento más en nuestra vida, si deseamos la prosperidad a nuestros conciudadanos en estas fechas y no realizamos una acción eficaz por conseguirla para todos”. Y que pide como cura, como persona para conseguirlo. Primero el perdón “gran llamada de Pablo VI -de Dios - para este día primero de 1.970”. Perdón, que parece absurdo a la política humana, porque a veces parece que ni la más elemental justicia lo consiente”. Pero para él “no es absurdo, aunque sí difícil, si recurrimos a una justicia superior: la del Evangelio” y por ello invoca a la “Santísima Virgen de la Luz, a quien celebramos hoy como Santa Madre de Dios, nos conceda en este año 1970 el perdón, la reconciliación y, como fruto de ella, la prosperidad.

Todo parece apuntar a que muchas de estas ideas se fueron inculcando en parte de la sociedad tarifeña. De manera que unos días después de esta homilía, concretamente el 4 de enero de 1970, Antonio manifiesta como



*Figura 4.- Efectos de la riada de 1970.*

muchos de los feligreses le habían mostrado su asentimiento con lo que él dijo días antes. Y en esta misa pide que eso que se hacía de manera privada se haga público y plantea al mismo tiempo la necesidad de la unión de todo el pueblo para salir adelante, para tener un futuro de prosperidad. Frente a una situación de estancamiento, en la cual ni el propio Plan de Desarrollo del Campo de Gibraltar había llegado eficazmente hasta el pueblo para evitar su sangría humana de la emigración, pide que toda la sociedad tarifeña descubra “en la situación del pueblo, por una parte, y el Plan de Desarrollo, por otra, la llamada de Dios a nosotros para que nos pusiéramos en marcha, como los israelitas, todos unidos, al mando de Moisés, para hacer llegar el desarrollo programado para esta zona, a nuestro pueblo”. Es decir, desde el púlpito, desde su homilía, Antonio no solo se siente comprometido con el lugar y momento histórico en el que vive y actúa para cambiarlo, sino que quiere hacer extensible ese compromiso a toda la comunidad de su parroquia, a toda la sociedad llamándolos a la acción.

Y todo ello se debe a que Antonio se muestra como un optimista de poder mejorar la vida del ser humano, si bien no deja de ser consciente de que no resulta nada fácil ya que en la sociedad se dan elemento de cambio y de mantenimiento de estructuras. Así, de un lado “la mayor parte de los hombres desconfían de que este mundo tenga arreglo (de que sea salvado)”. En esa sociedad de finales de los años sesenta, Antonio aprecia que hay quienes “piensan que con las estructuras políticas, sociales, e incluso religiosas del

mundo de hoy, lo que tenemos es un caos (una opresión, una esclavitud, la ley del más fuerte, la cuerda que se rompe por lo más flaco: vuestros hijos no aceptan la educación que queréis darles, se rebelan)” lo que para él no carece del todo de razón. Y, de otra parte, considera que “hay muchos que ven en cualquier protesta contra las instituciones vigentes (hippies, revueltas estudiantiles, juventud en general) una alteración del orden establecido y gritan: ¡adónde vamos a llegar!” Frente a ello, considera cómo un optimista convencido que es, que el bien terminara triunfando.

#### **4.- Cristianismo y construcción de una nueva sociedad**

Pero, sin duda, lo que nutre todo este discurso de Antonio, es su religiosidad y su ferviente amor a Jesucristo que para él es el amor a los hombres, tal y como lo expresa en la homilía de 5 de mayo de 1966 cuando manifiesta “La obediencia al Padre le hace mirar hacia arriba, el amor a los hombres hacia los lados. Y en estas dos líneas -vertical y horizontal- que forman una cruz queda clavado en el monte Calvario (mucho más que en la cruz de madera que le preparan sus compatriotas). Pues bien, situarse en esa obediencia al Padre y en ese amor a los hombres es situarse espiritualmente en Cristo”. Para él, el cristianismo es “la Vida de Cristo, vivida por los bautizados en Él. La Iglesia es el Cuerpo vivo del Señor, animada por su Espíritu, que conduce la vida diaria de los que somos sus miembros.”

Ese afán de seguir a Cristo en su entrega a los hombres le hace ser crítico con algunos comportamientos dentro de la Iglesia, de manera que “a pesar de que haya obispos en los que no resplandece el rostro de Cristo; y aunque haya sacerdotes que lo manchen; y aunque hay bautizados que sólo conservan de la religión su parte externa; y aunque haya injusticias sociales del tamaño de las que contemplamos todos los días; y aunque haya guerras entre cristianos; y aunque haya enemistades entre familias cristianas; y aunque las pasiones desenfrenadas hayan creado un ambiente de lujuria que corrompe a la juventud incluso en las naciones que se dicen cristianas” para él la presencia de Jesucristo hace que la Iglesia siga “brillando con la luz de su divinidad y la Iglesia sigue siendo la nueva Jerusalén que ilumina a todos los hombres”.

Ya hemos descrito que Antonio se muestra como un optimista en cuanto al ser humano y la posibilidad de llegar a un mundo mejor, lo cual y en su concepción cristiana pasa por el “deseo de encontrarse con Jesucristo”. Sin embargo, no deja de ser realista en cuanto a las grandes dificultades que ello conlleva. Para él, hay una serie de inconvenientes “relacionados con el mal, como las guerras, las injusticias, el egoísmo”, elementos que retardan “el establecimiento del reino de Cristo, que es reino de justicia, de amor y de paz”. Entiende que el hombre que actúa contra ello lo hace “porque así creen poder destruir su propio dolor y sufrimiento, aún a costa del dolor y del sufrimiento de los otros hombres”.

Este asunto le lleva a plantearse cuestiones como “¿Por qué esa resistencia

a vivir en la bondad, justicia y verdad, como hijos que somos de la luz, hijos queridos de Dios? ¿Por qué ese miedo a arrojarnos al dominio amoroso y salvador de Dios? ¿Por qué no vivir en el amor, igual que Cristo, que nos ha amado y se ha entregado por nosotros?”.

Un encuentro con Jesucristo que, para él, no pasa por comulgar con frecuencia si luego no se ve el efecto de la comunión debido a que no se han “examinado antes a sí mismos y comen sin valorar el Cuerpo del Señor”. ¿Qué efecto debe tener en el creyente esta comunión? Antonio señala que la gente que se entrega a Jesucristo en la eucaristía deben “tener hambre y sed de justicia, personas que sufren las zancadillas de otros, la opresión, la explotación, pero que saben que la Eucaristía es la antesala de una tierra donde reina la justicia”. Deben saber “practicar en secreto la misericordia. Que saben perdonar y olvidar, que devuelven bien por mal, que sufren con la desgracia ajena. Y están aquí, seguros de conseguir el perdón de Dios”. Gente que “tienen su corazón limpio. Que no se manchan con la suciedad de los falsos negocios, de las intrigas por el poder. Y están aquí porque ellos saben contemplar a Dios”.

Un proceso de entrega que alcanza su máximo grado sólo cuando el creyente es capaz de desinstalarse de su propia seguridad, para crear un clima colectivo de seguridad a todos los hombres que les rodean, en ese momento se imitará a “Cristo, que se despoja nada menos que de la seguridad absoluta de que goza como Dios, para compartir la inseguridad de los humildes, y ofrecerles así la salvación. Sólo entonces habremos recibido a Cristo Salvador”. Por ello, no duda en afirmar que “sólo con el poder de Cristo, que es el Espíritu Santo que habita en nosotros podemos ir haciendo un mundo nuevo en que cada día avance más la civilización y la técnica”. Pero, para él este avance debe poder ser disfrutado por “todos los hombres, no sólo una clase privilegiada, un mundo del que vaya desapareciendo el pecado, la injusticia, el odio el egoísmo, el mal”

En la construcción de este nuevo mundo señala que determinadas prácticas como “las limosnas - que muchas veces son necesarias, pero que la mayor parte de la veces humillan -” deben ser sustituidas por “la verdadera comunión de bienes entre los discípulos del Señor”. Refiriéndose con ello “a la obligación de compartir el dinero con aquellos que nos ayudan a ganarlo, obligación que no se cumple ateniéndose a las leyes sociales del Estado”. Para él, ello implica ponerlo todo, como los primeros cristianos, al servicio de la comunidad de los cristianos, pero no conlleva que se tenga que “ser pobre de espíritu, dejarlo todo”. De manera que “se puede tener un negocio, un campo, unos barcos o una fábrica, pero hay que hacer que esto sirva para que el pueblo sencillo suba, aumente su cultura, tengan todos una propiedad” porque desde su concepción religiosa “toda propiedad que se concentra en pocos hombres es anticristiana, se opone al sentido de propiedad que defiende la Iglesia”, tal y como enseña el papa Pablo VI. Para él, “no se puede depender, ni siquiera en partes iguales,

del dinero y de Dios, La riqueza es don de Dios y ha de estar al servicio de Dios en los hermanos”.

Este planteamiento de liberación y de entrega a los demás choca para Antonio incluso con parte de la historia de la Iglesia que “desde Constantino, se ha aliado con el poder civil y ha utilizado su fuerza, más aún ella misma ha poseído castillos y cañones, fuerza para la guerra”. Para él, esa manera de entender el cristianismo era propia de la mentalidad de una época que agonizaba. Una mentalidad de la que ha participado “también el sacerdote, que ha sido un autoridad en el pueblo más que un pobre, cuya sola fuerza tenía que haber sido la Palabra de Dios, de la que es ministro; se ha enmarcado en una clase social en vez de diluirse en la vida sencilla del pueblo”. Sin embargo, en esa agonía de ese paradigma Antonio advierte a sus feligreses que “el hombre, también el cristiano, sigue sintiendo muy fuerte la tentación de dominar”. Y lo ejemplifica de una manera muy simple pero contundente, de manera que “si tiene dinero, domina por su dinero, si tiene poder, domina por su poder, si es hombre, pretende dominar a su mujer, si es padre o madre, a sus hijos. A veces intenta servir, dando limosnas o haciendo favores”.

Frente a ello, defiende la apertura de la iglesia reflejada en los viajes de Pablo VI que por esas fechas había llevado “el calor de su presencia a los campesinos de Colombia”; había participado en el cincuentenario de la Organización Internacional del Trabajo donde recordó “sus deberes a los estados y a los empresarios” y alentó “a los obreros a dejar oír su voz, a luchar sin violencias por conseguir que se respeten sus derechos inalienables”; había acudido a la sede de las Naciones Unidas, para animar a esa organización internacional a buscar una paz justa para los pueblos; había visitado “Estambul a abrazar al patriarca Atenágoras” y “Bombay en la India, un pueblo lleno de espiritualidad, para llevarles el espíritu del Evangelio de Cristo”. En definitiva, una Iglesia abierta a todos y relacionada con los débiles.

Frente a actos fastuosos de los poderosos como la coronación del Sha de Persia, Antonio se sitúa junto al hombre moderno que “ama la sencillez, la igualdad, la democracia” y “suspira por la justicia, por el amor y por la paz”, cuestionando cómo le resultaba difícil entender que “el nacimiento encumbra a un hombre de esa manera sin que haya probado sus méritos”, ya que, para él, el hombre moderno ha perdido el sentido de la realeza, sobre todo cuando la realeza exalta al hombre de esa manera, con esa suntuosidad y magnificencia

Por ello, en su comunidad, pide ensayar nuevos métodos de evangelización, salir del encasillamiento y ser fieles al Espíritu Santo, dejándose “llevar del nuevo aire puro que en la Iglesia sopla desde el Concilio”. Pero, Antonio es consciente de que, como afirma Alain Touraine “cambiar cosas es difícil, pero cambiar ideas cuesta más”. Por ello no duda en afirmar que a pesar de los vientos de cambio del Concilio Vaticano II “falta fe y sentimos temor a las innovaciones, preferimos acantonarnos en nuestra seguridad religiosa, librarnos de los peligros del siglo, en vez de ser luz del mundo

y sal de la tierra”. Para ello, propone, en una España donde todo el mundo era oficialmente católico, dirigir esta acción evangelizadora no sólo a los individuos que estaban fuera de la Iglesia sino a colectivos con los que Antonio se siente muy próximo como “la clase trabajadora y la juventud”, rompiendo de esta manera el hermetismo, que para él es el verdadero problema, que los practicantes formaban “una Iglesia tremendamente cerrada”. Y no por ello no tiene complejo en pedir una renovación de la Iglesia, de la comunidad “para conseguir el mundo mejor que Dios quiere que edifiquemos”. Ya que “si Jesús volviera... encontraría el mundo lleno de guerras e injusticia, y querría salvarlo con Justicia y Paz”.

Estos son dos elementos esenciales que Antonio considera deben estar presentes en el creyente y por ello no duda en exaltar a quienes acuden a la Iglesia y luchan por la paz, a quienes “en la familia, en el pueblo, luchan por la reconciliación de los que se odian, de los que perdonan, pero no olvidan, de los que se hallan separados por intereses contrarios”, lo cuales, para él “están con todo derecho, porque ellos son los hijos de Dios”. También destaca a los “perseguidos por causa de su justicia. Porque en esta tierra son incomprendidos y perseguidos todos los que saben amar de verdad a todos y no hacen distinción entre hombre y hombre. Pero esperan pacientemente la llegada del Reino de los Cielos”, porque es con el amor con lo que se “edifica el mundo”.

### **A modo de conclusión.**

Pensar que lo aquí descrito es fruto de un contexto histórico, de una moda de unos cuantos que se atrevieron a cuestionar desde dentro de la sociedad de finales de los años setenta e inicios de los setentas el poder del anterior régimen se equivocan. Antonio ha sido y sigue siendo un ejemplo de hombre comprometido, con el cual es agradable mantener una conversación y al cual se le escapan, muy pocas cosas en sus análisis, quizás por su edad y lo vivido. Un cura al que a muchos nos ha alegrado conocer y a los que a muchos nos ha dejado una gran huella de humanidad. ■